

nadie más que Tú debió llevarlos al Evangelio, sé Tú, también, la antorcha que nos ilumine el grato sendero que, llevados de tu mano, vamos a recorrer.

AVE MARIA.

Thema ut supra.

En la estrella misteriosa, aparecida a los Reyes Magos, recibieron los gentiles la noticia del nacimiento del Salvador del mundo; de la boca de un hombre la escucharon, por primera vez, los españoles. *Prontos fueron* los Magos para seguir el divino llamamiento, pero no dejaron de acudir veloces los españoles; pues si a la predicación de Santiago fueron pocos los que respondieron, bien puede afirmarse que fueron los bastantes, porque como dice nuestra Historia:

«La propagación de la fe en España fué muy rápida y próxima a los tiempos del Salvador: verificose en tiempos de los apóstoles y se debió en gran parte a estos mismos. La importancia histórica y mercantil de nuestra patria, tanto entre los judíos como entre los romanos, y la fama de la nobleza de carácter y valor de sus habitantes no podían menos de atraer sobre ella las miradas de los Apóstoles.» (10)

Y aunque aquello de los tres soles, reunidos en uno sólo, de que nos habla el Angélico, fuera una fábula ¿no son tres soles verdaderamente, para la nación celtibera, Santiago en Galicia, San Pedro en Tarragona y los Varones Apóstólicos, apareciendo, capitaneados por San Torcuato, en Guadix, para derramar las luces de la verdad por toda nuestra patria hasta unirse, mediante el fuego del divino celo, y fundirse en uno sólo, en el irrompible crisol que, por celestial disposición divina, sustenta nuestro mariano Pilar de Zaragoza, veinte veces ya centenario?

Nada temieron los Reyes Magos, y así también el pueblo celtibero confesó a su Cristo con verdadera gallardía, que no otra cosa era propia del pueblo que no se había rendido jamás, hasta hacerse igual a sus dominadores; cuando se entregaba sabía hacerlo sin regateos. Y si los Reyes del Evangelio *estuvieron prontos a dar sus vidas*, los celtiberos las dieron con tanta generosidad e inusitada fortaleza que admira a la Iglesia toda, y muchos de ellos son los más abultados relieves de sus más esclarecidos ornamentos. Es verdad que «la envidia de los perseguidores paganos privó a la Iglesia de España de las noticias de sus mártires en las primeras persecuciones;» (11) pero es indudable que, en apareciendo el sinnúmero de los imitadores de San Lorenzo, asombró al mundo la calidad de nuestros mártires, y no se podrán tachar de pocos, cuando aparezcan los innumerables de Zaragoza. Y es que si los Magos *ofrecieron mirra*, como España ninguna otra nación ha dado su sangre, su propia vida, por seguir y defender la fe de Cristo.

¿Cómo no han de ser un sólo sol de extraordinaria belleza nuestros triples mártires, obispos, vírgenes y simples fieles, cuando San Agustín proponía los obispos españoles como modelos de fortaleza que imitar a los obispos africanos, sus contemporáneos, cuando la bárbara invasión, y para cantar las glorias de todos, inspiró Dios a Prudencio de Zaragoza, que fué

(10) Hist. Ecles. de España de D. Vicente La Fuente, cap. I. párrafo VI.

(11) Id. párrafo XI.